



“Presagio del Silencio”¹ de Jaime Álvarez Buiza

ÁNGEL SÁNCHEZ PASCUAL

Nada más tener este libro entre las manos pudo muy bien pensar el buen lector de Jaime Álvarez Buiza que el título podría aludir al silencio total, último y definitivo que es la muerte. Ese nuestro lector sabía ya que en dos libros anteriores el poeta había merodeado por dicha temática con motivo del fallecimiento de dos personas muy allegadas a él, como fueron el de su propio padre y el de su entrañable amigo Jesús Delgado Valhondo. ¿Se trataría ahora de que Jaime Álvarez Buiza, presagiando su propia, y esperemos que lejana muerte, deseará indagar en sus poemas qué lenguaje, qué pasión podría habitar en semejante postrera experiencia, bien propia y común a todo ser humano? Si toda sospecha encierra parte de duda y de certeza, el lector precavido y avisado hará bien en irse al índice antes de adentrarse tembloroso e incierto en el deletreo del poemario. Ahí, en el índice, se encontrará con que el libro tiene dos partes: Una, “Mis silencios y yo”; Otra, “Presagio del silencio”. El tratamiento plural y singular del término “silencio” parece aclarar esa duda, pero abriendo otros interrogantes: ¿Los silencios de la vida preconizan el silencio de la muerte? ¿Por qué el poeta decide intitular el libro acogándose sólo al título de su segunda parte? ¿Qué sentido podemos dar al desequilibrio cuantitativo de poemas que hay

1 Álvarez Buiza, Jaime, *Preludio del silencio*, Universitas Editorial, Badajoz, 2006.

entre la primera y la segunda parte del libro -treintauno frente a veintidós- ? Otras varias preguntas surgen, y podrían plantearse, pero todas ellas afectarían, de momento, a la temática, al asunto o la cuestión de quien quiere desentrañar la lógica de un mundo poético o metapoético, pero no afectaría para nada a la poesía en sí. Todo eso pertenece a la periferia, al entorno, no al meollo del libro. Lo que hay que hacer es entrar de una vez en él, y aposentarse en silencio y en el silencio de la lectura.

No sé bien si ha sido más de una hora, creo que sí, el tiempo que ha pasado desde que empecé a leer el primer poema hasta el último. ¿Y ahora qué? ¿Cómo balbucear siquiera la comezón, la sobrecogedora corazonada que hiere de belleza, casi hasta la extenuación, la lectura que produce *Presagio del silencio*? ¿Bastaría con decir que este libro encierra la verdad, y no únicamente verdades, que los auténticos poemarios, pocos, transmiten? Que Jaime Álvarez Buiza es, sigue siendo, uno de esos escasos poetas que enriquecen, puede quedarse en elogio, acaso en reconocimiento, pero nada añade a lo sabido. No se trata de explicar, sino de experimentar. Por eso lo correcto sería volver al silencio o a la tormenta que estalla en el interior del lector que vuelve una y otra vez a repasar los poemas.

POEMAS SIN “SILENCIO”

Sin embargo, aun a sabiendas de que sirve para bien poco, y aunque sólo sea por divertimento, me apetece enredarme en minucias -¿o acaso no?- que he vislumbrado en *Presagio del silencio*. Para empezar, ¿cómo es que únicamente en once poemas de los cincuenta y tres de que se compone el libro no aparece el término “silencio”? ¿Qué función pueden desarrollar esos once poemas dentro del conjunto? ¿Qué relación establecen entre sí los once poemas? Hay que advertir enseguida que esos once poemas los podemos dividir en dos grupos: siete de ellos están dominados por los campos semánticos “luz”, “mañana”, “sol”, “ramas” o “árbol”, y los otros cuatro por la “noche”. Aparte de otra gran diferencia: en los siete poemas donde hrilla la luz del día predomina la “contemplación”, frente a la “acción”, como eje predominante en los cuatro poemas que se desarrollan por la noche. Vamos, sin más, a deleitarnos en la relectura de esos siete fragmentos:

“Viste de nada el sol
que se amodorra
cansado ya de luz.
Es noviembre en mis párpados.
Salgo a buscar abril

y encuentro la inocencia de mis lágrimas"²

"Mañana azul de niebla,
contradicción del sueño:
la luz ahora ser tan sólo nada
y juguetea en las ramas"³

"Juega el árbol
a trastornar el sol de la mañana.
Se ensombrece la luz
y le acompaña
en esta confusión de horas"⁴

"Demasiado sol reflejado
en las hojas
del árbol vigilante. Hace daño a mis ojos
esta explosión de vida,
este verde de abril
que inunda el aire"⁵

"Pesadez de este sol que,
de soslayo,
ilumina la esquina de mi mesa"⁶

"Miro esa rama,
verde quieto que va hacia el infinito,
sin juzgar su derecho a creerse eterna
cuando, en la primavera,
sueña con alcanzar la luz del alba,
quimera que alimenta hoja tras hoja,
centímetro a centímetro"⁷

2 *Ibidem* pág. 15.

3 *Ibidem*, pág. 31

4 *Ibidem*, pág. 36.

5 *Ibidem*, pág. 37.

6 *Ibidem*, pág. 40.

7 *Ibidem*, pág. 59.

“A través del cristal de la ventana
veo cómo muere el sol.
Sobre mi mesa
desfila, con cruel exactitud,
una macabra procesión de ausencias”.⁸

El poeta, en estos fragmentos, se sitúa en “noviembre” o “primavera”, en una “mañana” y otra o en un atardecer - “veo cómo muere el sol” - como ya sabemos, para observar su entorno, ensimismado. Son destellos descriptivos. Donde todo es silencio, a pesar de que no aparezca el término “silencio”; brochazos de cuadros donde se encubre o se vislumbra tenuamente un realismo que no acaba de desvelarse, pero sin atisbo de trascendentalidad. El lector, sobre todo el lector que lea el libro de un tirón, transita por estos poemas mucho más despacio, y acaso hasta puede que agradezca que en una ocasión se enlacen sin “silencio” dos poemas seguidos - “Mi imagen reflejada! en ese espejo incierto”⁹- con “Verde dolor de abril”¹⁰-. No sé si podríamos considerar estos siete textos como un “corpus” homogéneo, que bien podrían haberse agrupado en una unidad del libro. Que el poeta los haya esparcido o desparramado entre poemas que sí contienen “silencio”, nos hace abundar en la idea de que si quizás él ha preferido entreverarlos es para dar un descanso al lector, no sin advertir que cinco están colocados en la primera parte, y dos en la segunda. Semejante desnivel numérico queda compensado si decimos que de los otros cuatro poemas que no tienen “silencio” que nos quedan por ver, tres están en la segunda parte del libro, y sólo uno en la primera. Que hayamos separado estos cuatro poemas de los siete anteriores es porque ahora el campo semántico, como también adelantamos, está dominado por la “noche”. Vamos, pues a leer estos cuatro fragmentos, no sin avisar que el segundo lo transcribo entero, por lo que luego explicaré.

“Alguien vendrá a buscarme
una noche cualquiera”
Me reclamará asco.
Alguien vendrá”¹¹

“De madrugada,
delante del espejo cada día me saludo

⁸ *Ibidem*, pág. 61

⁹ *Ibidem*, pág. 36.

¹⁰ *Ibidem*, pág. 37.

¹¹ *Ibidem*, pág. 14.

por si es la última vez que puedo hacerlo.
Con esa convicción voy al trabajo,
desayuno,
saludo a los amigos,
permanezco en mi puesto,
vuelvo a casa,
beso a los míos.
almuerzo, duermo siesta,
asimilo la tarde,
escribo algo, quizás este poema,
ceno,
beso a los míos,
y me voy a la cama.
Pero antes de acostarme,
De soslayo, me miro en el espejo.
Por si acaso" ¹²

"Visita inesperada ésta
que cuando ya la noche arropa la soledad
de los cristales
y anda el campo oliéndose a sí mismo.

.....
En medio de este absurdo escenario
recibo al visitante inesperado,
primer actor de nada,
figurante del sueño.
Se acerca hasta mi mesa,
vierte sobre mis hombros todo el dolor de siempre,
me acompaña un momento,
se marcha como vino." ¹³

«Me producen tristeza
esas luces lejanas.

.....
Luciérnagas frustradas,
Tiritan en la noche

¹² *Ibidem*, pág. 60.

¹³ *Ibidem*, pág. 64.

Lanzando su mensaje
De socorro.

.....
Para darle refugio
Sólo puedo mirarlas
y alargando mi brazo,
Hacerlas esta noche
Motivo de poema".¹⁴

Además de que el lector haya comprobado que la acción se desarrolla por la noche o por la madrugada, hay que añadir que en los tres primeros el autor no está solo, sino que convoca o denuncia la presencia de otra u otras personas sin mediar palabra. Es decir, que la "acción" transcurre «muda», igual que en la «contemplación» de los siete poemas anteriores, pero no en soledad. La comunión con el entorno y con las personas más allegadas y también extrañas, demuestra que Jaime Álvarez Buiza comparte, convive su propia soledad. El hecho de que todos los poemas estén escritos desde el "yo", no quiere decir que esté instalado en el egotismo ni en el egoísmo. Que viva en soledad, no quiere decir que sea solitario. Se trata de la única atalaya desde la que se puede contemplar y comprender el mundo, y ser solidario.

Hay ahora que aclarar que el hecho de transcribir entero el poema "Me despido de *mí*/ cada mañana"¹⁵, es para que el lector pueda observar la ironía que asoma, casi sarcástica, cuando el poeta, antes de irse a dormir se mira en el espejo por si acaso es la última vez que puede hacerlo, con lo que desdramatiza la situación. Ironía que también aparece finamente en el siguiente texto transcrito, donde ese "visitante inesperado" que "se marcha como vino", es su propio hijo que ha entrado, no para darle "las buenas noches" -¿no dijimos que la acción transcurre en silencio?-, sino para despedirse con un abrazo.

POEMAS CON "SILENCIO"

De los cuarentaidós poemas que sí contienen explícitamente la palabra "silencio", en veintinueve figura una sola vez; dos veces se repite "silencio" en seis poemas; tres veces aparece en tres poemas, y cuatro veces aparece en un solo poema, y también en un único poema aparece cinco veces. Semejante recuento numérico nada

¹⁴ *Ibidem*, pág. 65.

¹⁵ *Ibidem*, pág. 61.

nos dice en sí mismo; ni siquiera encontramos algo significativo si añadimos que los poemas que contienen una

sola vez "silencio" se hallan el doble de veces en la primera parte del libro que en la segunda, o que aquellos que tienen dos "silencios" están todos, excepto uno ¹⁶ en la segunda parte del libro, ni que por el contrario los poemas que tienen tres "silencios" están todos en la primera parte, como no sea un ciertofíncierto bamboleo en el reparto. Lo que sí parece columbrarse es que no se trata de una mera artificialidad. Sobre todo cuando se cae en la cuenta del lugar en que están ubicados los dos poemas que contienen cuatro y cinco veces "silencio": Al inicio y al final, como apertura y como cierre de la segunda parte del libro. ¿Casualidad? ¿Causalidad? En los grandes poemarios la estructura externa siempre tiene un sentido, una relación con su estructura interna, mal que le pese a la involuntariedad del creador. Y es que no se trata de señalar una coherencia arquitectónica por el lugar en que se encuentran esos dos poemas, sino al revés: es el lector quien es asaltado, avasallado por la temática de esos dos textos. En el primero, contrapone el silencio de la amada con el silencio del poeta, mientras los dos caminan por la vida aguardando que llegue la "nada". En el otro, el último, se refiere al de otra persona -¿quizás al de Trinidad?-, que es un silencio reiterado anafóricamente ya definitivo -"que de tan tuyo es mío" - y que el poeta aguarda para ofrecerlo "a la noche cuando la noche venga", es decir, la propia muerte, que es como finaliza. Nos encontramos ante el significado último del libro: mientras hay silencios ocasionales de la vida que pueden preludiar la muerte aún lejana, hay otros silencios que presagian la muerte porque en sí mismos son "muerte", "nada", "noche" definitiva. Que los primeros silencios abunden en la primera sección, y los segundos silencios predominen en la segunda parte, no hace más que indicarnos que el transcurrir itinerante de los textos en el poemario es el mismo que el del ser viador que todos somos a lo largo de nuestra existencia, hasta que la muerte nos cierre la vida, como se cierra el libro.

¿TÍTULOS O CITAS?

La verdad es que de los títulos de las poesías de un libro -si es que tienen títulos- se suele prescindir. Unas veces porque tratan de resumir el texto, o porque se limitan a orientar al lector sobre su temática. Por eso los títulos son considerados como elementos "de paso", o como pórticos o puertas que se traspasan sin mayor interés. Luego, una vez instalado en el recinto de los versos tan subyugado queda el lector

¹⁶ *Ibidem*, pág. 29.

en el ritmo, la métrica, los recursos poéticos o las estrofas, que es fácil olvidar por completo qué título llevaba el poema. No es de extrañar que los analistas consideren los títulos como “textos extratextuales”. Sin embargo, en *Preludio del silencio* los títulos llaman la atención de forma poderosa porque en realidad no figuran, ni siquiera tipográficamente, como títulos. Si aquí los tratamos como tales, se debe a que así aparecen en el índice. Aquí incluso se transcriben linealmente, destruyendo así la forma versal que tienen en el encabezamiento de las poesías, donde normalmente conforman disticos. Incluso podríamos decir que al principio el lector puede creer que de lo que se trata es de citas. Citas que no han sido arrancadas de obras extrañas. Son citas del propio Jaime Álvarez Buiza, y cada una pertenece al propio poema que encabeza, pero sin pertenecerle del todo, porque tiene su propia autonomía. El lector tiene la sensación de que esos dísticos han sido elaborados muy minuciosamente por el poeta después de haber escrito el texto. De ahí que el lector vaya quedándose tan prendido y tan prendado de los títulos o de las citas, según avanza en la lectura del libro, que pronto aprenderá que la relación que establecen con el texto de la poesía es una relación intrínseca. Vamos a traer algunos ejemplos. El título -¿o la cita?- “Imagen reflejada! en ese espejo incierto”¹⁷ parece que se relaciona con la del árbol que se observa en los versos a través de un ventanal, hasta que de pronto, hacia el final del poema -versos doce y trece- nos encontramos, dejándonos descolacados con “Adivino mi imagen / en ese espejo incierto”. ¿La “imagen” anunciada en el encabezamiento no es entonces la del árbol descrito, como llegamos a creer? Esa ambigüedad enriquece el texto, pero no porque admita distintas interpretaciones, sino porque el poeta ha sabido introducirla a través del verbo “Adivino”, que semánticamente nos vela y nos desvela cualquier conjetura. La omisión del verbo en el título despersonaliza “la imagen”, con lo que permite aplicarla a lo que el poeta -Y. el lector- ve a través de los cristales, pero si al final nos encontramos el verbo en primera persona, no es porque esté seguro de que también su imagen aparece reflejada, sino sólo que “adivina”, “sin tener la certeza! de haberla conocido”, por lo que el término “incierto” aplicado al espejo -tanto en el título como en el verso trece- adquiere un valor predominante, dominador en todo el texto.

Otro tipo de transformación realiza Jaime Álvarez Buiza en el poema “De repente la tarde/ quisiera ser pañuelo”¹⁸ que se relaciona con los versos “quizás sólo la tarde! que quiere ser pañuelo”¹⁹. El adverbio “De repente” se convierte en “quizás”, con lo que la temporalidad se transforma en duda, y el desiderativo “quisiera” es cambiado por el presente real “quiere”. El título abrió la imaginación del lector para pen-

17 *Ibidem*, pág. 36

18 *Ibidem*, pág. 39

19 *Ibidem*, verso 2-3.

sar -¿por qué no?- en una corrida de toros, o en el andén de una estación con despedidas. Así, sin saber muy bien de qué podría tratarse, , el lector cae muy pronto en la cuenta de que de lo que se trata es de un pañuelo para secar las lágrimas que "nublan el sol"²⁰, en "un mar de manos"²¹, en un "océano disperso". Con lo que nuevamente descubrimos, gracias a las transformaciones, la autonomía que posee el título en sí mismo, pero a la vez su dependencia con respecto al texto.

Por último voy a traer el poema con título "Malabaristas quietos! en su sabiduría"²², en el que el autor pone un mayor empeño transformador. Ese dístico hace que el lector se queda preguntando por quiénes son esos "Malabaristas". Nada más iniciar la lectura del poema lo descubre: "Los muertos se conforman! con su sabiduría". Esta última palabra es la que nos da la clave. Está en el título y en el texto. Al seguir leyendo nos encontramos: "Me siento a hablar con ellos,! funambulistas quietos! de mi dolor"²³, con lo que descubrimos que utiliza un sinónimo para referirse a los volatineros que se ejercitan en el alambre, pero manteniendo el adjetivo "quietos", cuya inmovilidad contrasta con el ejercicio continuo de los equilibristas. Por lo tanto tenemos: primero, que el último vocablo-"sabiduría"o- del título, es el primero que establece una relación con el poema; y segundo, que la sinonimia nos abre la hipótesis de si el poeta ha dudado entre "Malabaristas" y "Funambulistas", o por el contrario la carga semántica bien sabemos que la sinonimia perfecta no se da- de uno y otro término le ha permitido jugar con la ambivalencia.

A estas alturas poco importa ya si hay que hablar de "títulos" o "citas", pero lo que sí hay que remarcar es que son "poesía". Creo que se ha percibido cómo la base versal es el heptasílabo, aunque también podemos encontramos con complementarios de esta métrica, como son los pentasílabos. Para redundar en esta observación, nada mejor que tener en cuenta los doce poemas que contienen un solo verso como título, porque en ellos se amplía la base métrica en cuatro ocasiones a versos de once sílabas: "Verde silencio de este abril constante"²⁴, "Se repite el dolor de mi silencio"²⁵, "Repetitivo azul, cielo infinito"²⁶ y "Tengo casi cerrado el inventario". La rotundidad de esos cuatro endecasílabos deja muy claro no solo que son versos en la forma, sino también poesía en su belleza.

²⁰ *Ibidem*, verso 4.

²¹ *Ibidem*, verso 10.

²² *Ibidem*, pág 30.

²³ *Ibidem*, versos 3-5.

²⁴ *Ibidem*, pág 34.

²⁵ *Ibidem*, pág. 15.

²⁶ *Ibidem*, pág. 22.

Hay dos títulos que merecen ser tratados aparte, porque los dos están entrecomillados. Aquí sí que hay que hablar propiamente de citas. Una, la que además del entrecomillado lleva las iniciales del autor - (ID.V.) - dice: "Voy porque alguien *I* que me está esperando". En el texto el poema no recoge ninguna referencia terminológica de la cita, como sí sucede en todos los demás, sin duda porque el poeta desea respetar al amigo, o mejor dicho: porque no desea aprovecharse de su creatividad. El otro poema encabezado por un entrecomillado - "Nostalgia de mis manos"-, es el único que luego se repite íntegramente, sin variante alguna, como verso dos del texto, y también entrecomillado, con lo que el autor nos está indicando que también se respeta a sí mismo, porque es un verso suyo.

Si más arriba recogimos la expresión de "textos extratextuales" aplicada a las citas o a los títulos de los poemas en general, ahora, después de ver la función y la imbricación que tienen con todos los poemas - menos uno - en *Preludio del silencio* la debemos cambiar por la de "textos intratextuales", porque el cuidado, el esmero, el mimo que pone Jaime Álvarez Buiza en toda su obra, alcanza hasta el mínimo detalle, como puede ser la forma de intitular.